



NEREA LLANES

LA ACADEMIA II
AURORA



NEREA LLANES



LA ACADEMIA II
AURORA



CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Nerea Llanes, 2025
© Diseño de las guardas: Gonzalo A. Mendiverry
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-08-30549-1
Depósito legal: B. 13.650-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en
crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o
de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías
de inteligencia artificial.



CAPÍTULO 1



Blake se posó el brazo sobre los ojos y cerró los párpados con fuerza, como si así pudiese obligarse a dormir. No funcionó y cambió de postura de nuevo. Se incorporó en la cama con un suspiro y miró la habitación, derrotado.

Si estuviese en la Academia podría subir a la sala de música y tocar el piano para distraerse. En el dormitorio, sus demonios parecían perseguirlo incansablemente.

Al día siguiente estarían de vuelta después de las vacaciones de Yule y sentía como una especie de veneno electrizante que le recorría las venas.

Se acercó al escritorio donde tenía uno de los diarios de su padre y lo ojeó.

Sebastian estaba completamente seguro de que aquella realidad es a la que pertenecemos y que, por lo tanto, que estemos aquí es una anomalía. Agnes no quiere ni oír hablar del tema, pero en cierto modo creo que su padre tenía razón, aunque su fanatismo lo cegase.

Blake observó el dibujo de unas órbitas, al estirar la mano se fijó en el reloj de pulsera que adornaba su muñeca.

Deseó arrancarse aquella quemazón del pecho. Ni siquiera tenía que cerrar los ojos para ver a Rain levantándose sobre las puntas de los pies para besar a Jeong.

«Te arrepentirás y será tarde. Y yo estaré ahí para decirte que te lo dije». Las palabras de Kane se repitieron en su cabeza.

No, no se arrepentía. Al contrario, estaba agradecido. Había estado a punto de joderlo todo la noche que habían entrado a los túneles y habían dormido juntos en esa misma cama, que ahora le parecía un potro de torturas.

Si Rain no hubiese murmurado el nombre de Jun en sueños hasta desquiciarlo, habría hecho una tontería. En cambio, se había marchado incapaz de soportarlo ni un segundo más. Y ahora las cosas estaban de nuevo en su sitio.

Blake era exactamente igual que su padre, incapaz de abandonar una idea aunque el precio a pagar fuese inmenso. A Ambrose Blake su ambición por demostrar que sus teorías eran ciertas le había llevado a acabar con su familia y consigo mismo. Blake había aprendido de los errores de su padre. Él al menos no sería tan egoísta para arrastrar a nadie consigo en su cruzada.

«¿De verdad no lo eres?», preguntó una voz en su cabeza.



Rain se dejó caer sobre la cama con Tinieblas al lado. Estar fuera esas dos semanas de vacaciones había sido extraño. Como un sueño muy largo. Un refugio en mitad de una tormenta. Las pesadillas seguían acechándola, pero fuera de allí tenían menos poder, menos peso.

—Pareces distinta —le había dicho su madre.

Y Rain había temido que viese más allá, que de alguna manera sus ojos revelasen la clase de cosas que había hecho. Como si sus pecados hubiesen dejado una fea cicatriz en su piel.

Se sentía lejos de su madre. Ella no formaba parte de su mundo, así que era difícil explicarle lo que era estar en la Academia. A veces deseaba, en un rincón ansioso de su mente, tener a su padre. Se preguntaba si él la entendería, si él la aconsejaría. Si con él a su lado sería más fácil.

Rain se había pasado las vacaciones intentando no pensar en Blake con todas sus fuerzas. Era como una maldición de la que no podía deshacerse.

Se preguntaba si la adicción se sentía así. Al menos mientras estaba en la Academia lo veía, sus miradas se cruzaban, lo oía murmurar comentarios irónicos, podía observarlo en la distancia, aunque no se hablasen, aunque las cosas estuviesen tensas entre ambos. Pero, en Céfiro, Blake no existía. Y en las horas más oscuras de la noche se cuestionaba que fuese real; se preguntaba si él no sería un demonio que se había materializado para torturar su mente. Si no estaría dejándose seducir por el mal en sí mismo.

Rain bajó al comedor a cenar con Aiden, que se atusó los rizos por décima vez. Se toqueteaba las gafas con ademán nervioso y suspiraba cada cinco segundos.

—¿Qué te pasa?

—Na... nada —aseguró.

—¿Te pone nervioso ver a tu *no-vio*? —Rain hizo énfasis en las dos sílabas para molestarlo, y Aiden enrojeció.

Kane y él habían estado en contacto durante las vacaciones, pero, aun así, se moría de ganas de verlo y al mismo tiempo estaba de los nervios; que justo la semana antes de Yule hubiesen decidido empezar a salir había hecho que la distancia fuese más difícil.

Rain no había visto a Jun desde que le robó el colgante, la última semana lo había esquivado con la excusa de los exámenes y él había pasado las fiestas en Eurínome con su familia. Se había dejado llevar por la rabia, se había sentido humillada y dolida, y solo había deseado venganza.

Había anhelado ser quien muerde primero, pero, de vuelta en su casa, sentada en su cama donde solía soñar con la persona en la que se convertiría algún día, donde había fantaseado con un futuro brillante del que su madre estaría orgullosa y en el que Aiden y Jun estarían a su lado, no había podido evitar sentir un vacío creciendo en su pecho. Había hecho lo que nunca se creyó capaz de hacer: usar a alguien que amaba. Sin embargo, la culpabilidad se mezclaba con la satisfacción de haber tomado el control, de haberse rebelado contra la narrativa en la que siempre era la chica débil. Estaba atrapada entre dos versiones de sí misma, y no sabía cuál la aterraba más: la chica buena que aún existía en su interior o la chica despiadada que estaba empezando a abrazar.

Tenía el colgante bien guardado, todavía no había decidido cuál debía ser su siguiente paso. A veces notaba su pulso, como el de un corazón delator. La prueba de que había comenzado a caer.

Jun se acercó a ellos con una sonrisa que Rain le devolvió mientras las rodillas amenazaban con fallarle. «¡Lo sabe!», gritaba todo su interior. El sentimiento de culpa comenzó a crecer en ella como una enfermedad silenciosa. La paranoia la envolvió, se sentía observada, expuesta, como si el secreto que guardaba se estuviera tatuando en su piel, visible para todos.

Seguro que se había dado cuenta de que había sido ella quien le había quitado el colgante. Aiden también pensaría que estaba loca, y dejarían de ser sus amigos, y se lo merecía porque...

Cuando se dio cuenta estaba entre sus brazos. Jun la alzó del suelo mientras la estrechaba con fuerza.

—¿Qué tal las vacaciones, Rainy? ¿Me has echado de menos?

Ella sintió un alivio tan bestial que casi se le saltaron las lágrimas. Le devolvió el abrazo algo temblorosa. Tres meses atrás habría dado cualquier cosa por experimentar aquello, por conseguir que Jun la mirase como lo estaba haciendo. Ahora no sabía cómo manejar lo que le hacía sentir.

Era todo tan confuso.

—Claro. Mi madre quería verte. ¿Qué tal en Eurínome?

—Bien, ya sabes —contestó evasivo.

Había una tensión casi palpable entre ambos. Palabras que flotaban a su alrededor, aunque no se atreviesen a pronunciarlas. Jun bajó la vista hasta la boca de Rain y luego se apartó con los hombros rígidos.

Aiden encontró a Kane en su mesa habitual. Estaba solo, sin rastro de su sombra de pelo rubio y rostro desagradable. Se sintió algo tonto por el vuelco que le había dado el corazón al verlo, pero la sensación se esfumó de un plumazo cuando Kane lo miró con los ojos brillantes y cálidos y una sonrisa que le ocupaba todo el rostro.

Aiden caminó algo dubitativo hasta su mesa y, cuando se quiso dar cuenta, Kane ya estaba parado delante de él.

—Por los remolinos, Clark. Me muero por besarte —le susurró.

Aiden se derritió ahí mismo. Su cerebro completamente convertido en papilla. Y entonces, para asombro de Kane y de muchos de los que estaban por allí, lo rodeó con los brazos.

Kane se tambaleó completamente desprevenido, y antes de que le diese tiempo a reaccionar, Aiden ya se había echado hacia atrás con la cara incandescente.

—Juegas sucio, Aiden.

—¿Eh?

—Ahora me lo has puesto más difícil —gimió Kane, frustrado, y lo cogió de la mano para llevarlo hasta su mesa.

Rain apareció al cabo de unos minutos y los miró con una sonrisa. Jun no iría a sentarse con ellos y ella no quería estar cerca de las miradas afiladas de Alberta Novak y su grupo de amigas.

No pudo evitar fijarse en que Blake no estaba allí. Casi se sintió decepcionada y se reprendió por ello.

—Hola, Kane —le saludó Rain.

Vio que ambos seguían dándose la mano por debajo de la mesa.

—¿Vais a venir esta noche a la fiesta por la vuelta de vacaciones?

—¿Más fiestas del Crepúsculo? No —contestó Aiden.

—No es en la torre del Crepúsculo; es en la sala de clubes. La organizan algunos de segundo y creo que puede ir quien quiera.

Rain se moría de ganas de preguntar por Blake. Quería saber si él también estaría allí. Solo de pensar en verlo, la recorría una emoción ansiosa. Pero se aguantó las ganas.



Rain apareció con un vestido de un tono rojo tan oscuro como el vino, corto y sin tirantes. Medias caladas negras y sus inseparables *mary janes*. Se recogió parte del pelo en una coleta que ató con un lazo.

Estaba nerviosa. Ansiosa. El corazón le latía desbocado,

como si quisiese escapar de su pecho. ¿Se encontraría con Blake?

Tragó. Tenía la garganta seca. La idea la atraía demasiado. No debería sentirse así por él.

Se pasó las manos por la falda del vestido alisándolo, y cogió aire.

Por el rabillo del ojo vio como Kane se cernía sobre Aiden y lo besaba en una esquina oscura.

No tenía palabras para explicar lo feliz que la hacía verlos juntos. Aiden había estado en las nubes durante las vacaciones. Aunque todavía le preocupaba su padre y cómo reaccionaría cuando se enterase.

La sala de clubes era un espacio amplio en la tercera planta. El suelo de madera estaba cubierto de alfombras; había una chimenea enorme con preciosas molduras y sofás de diferentes tapizados esparcidos aquí y allá. Una mesa de madera oscura larga con diez asientos. Una pequeña biblioteca y una vitrina con trofeos y menciones a los clubes de la Academia.

Sonaba música *rock* en un reproductor anticuado. Las mesitas estaban llenas de botellas de cerveza y whisky medio vacías. Y la luz de las lámparas de gas titilaba sobre los cuerpos que se movían bailando.

Rain se sirvió una copa y dejó que su mirada vagase por el espacio. Quería encontrarlo, pero, a la vez, no. Cada pelo rubio hacía que el corazón le diese un pequeño vuelco.

Y, entonces, se le ocurrió una idea.

Esquivó varios grupos hasta llegar a la vitrina.

Club de Combate de destreza.

Club de Música.

Club de Botánica.

Club de Liderazgo.

Ahí estaban los cuatro originales de la Academia. Pegó la cara al cristal. Bajo la placa del club de Liderazgo estaba el libro de actas. Intentó abrir la puerta de cristal, pero estaba cerrada con un candado.

Miró a su alrededor. ¿Se daría cuenta alguien si intentaba forzarla?

—Por fin te encuentro —dijo Jun, parándose a su lado.

Rain cogió aire a toda prisa, sorprendida, y le dio un ataque de tos.

—Ho... Hola.

Los ojos de él la recorrieron con atención y le dedicó una sonrisa. Rain esperó que el gesto le hiciese sentir la misma emoción efervescente que antes, pero no pasó. Faltaba algo...

—¿Qué haces aquí?

—Estaba curioseando. Nunca he estado antes en la sala de clubes. ¿Es aquí donde os reunís para el club de... Política?

Los ojos de Jun se estrecharon levemente.

—A veces, otras lo hacemos en algún salón más pequeño. No somos demasiados.

—¿Por qué no me has hablado nunca de ese club?

Jun parecía incómodo.

—Fue Manon la que me habló de él. Alberta lo abrió y todo pasó a principios de octubre, cuando...

«Cuando me rechazaste», pensó Rain.

—Jun, no pasa nada. Está superado —le aseguró ella.

Él frunció el ceño y se acercó más a Rain.

—¿Eso quiere decir que ya no sientes nada por mí?

Jun trató de buscar en los ojos de ella. Nunca le había resultado tan complicado leer a su mejor amiga y era de lo más frustrante.

—Yo...

Se inclinó y la besó, empujándola contra la pared. Rain trastabilló ligeramente y se agarró a sus hombros. Notó cómo sus músculos se tensaban bajo sus dedos. Jun tomó el gesto como algo positivo y profundizó el beso. Rain dejó escapar un suspiro, con la adrenalina zumbándole en las venas.

—Rainy —exhaló él—. Dime que no. Dime que no he llegado demasiado tarde. Porque durante estas dos semanas no he podido dejar de pensar en la fiesta de Yule.

Rain estaba bloqueada. Le costaba creerlo, llevaba años evitándola, sabiendo que sus padres no se tomarían bien una relación entre ambos, pero al mismo tiempo la forma en la que sus ojos la miraban, como si ella fuese lo más importante de su vida, parecía sincera. La hizo dudar de todo lo que creía que era cierto y la culpa empezó a trepar por su garganta, ahogándola.

El peso de sus emociones, combinadas con el tumulto de sus propios sentimientos por Blake, la dejaron confundida, sin saber hacia dónde moverse o en quién confiar. Todo era demasiado complicado. No sabía qué creer. Estaba atrapada entre su antiguo yo y la nueva versión de sí misma, entre el amor, la culpa y el deseo de venganza.

—¿Por qué ahora? —susurró.

Jun hizo una mueca, aunque fue casi imperceptible.

—Rain yo... Quiero conservarte en mi vida. Te quiero y lo digo en serio. Pero a veces las cosas escapan a mi control y... No quiero hacerte daño. Quiero... quiero hacer lo correcto.

—¿Lo correcto respecto a qué?

Jun se pasó una mano por el cuello, debatiéndose.

—Tengo que cumplir las expectativas de mis padres. Este no es un mundo fácil y... no sé, yo solo intento hacer lo que debo, pero en ocasiones eso choca con lo que quiero. Y me he cansado de fingir que no eres lo que quiero, Rain.

Sus palabras la empujaron como una ola un día de tormenta, la atravesaron, removiendo viejas emociones que ella creía enterradas. Se sentía mareada, aturdida. Durante un segundo dudó si estaba soñando.

—Solo espero no haber llegado demasiado tarde —susurró él.

Rain abrió la boca, pero no encontró qué decir.

La valentía de Jun al admitir todo aquello la hizo tambalearse. Un torbellino de emociones encontradas: tristeza, alivio e incluso un destello de vergüenza. Nunca se había sentido tan rastrera como en ese momento. Allí estaba Jun abriéndose, compartiendo sus sentimientos con ella, mientras Rain tenía en un cajón bajo llave el colgante que le había robado.

«Me he cansado de fingir que no eres lo que quiero».

¿Y si se había apresurado al juzgarlo y condenarlo?

—No es demasiado tarde —murmuró.



«Por todos los demonios
en el abismo, así te persigo,
hasta el último suspiro
de mi cuerpo».

ANÓNIMO

